

Un corte de pelo

Julio Aramberri

Hoy los hombres vietnamitas no se diferencian demasiado de los europeos en sus cortes de pelo. La mayoría de ellos, en número mayor que en Occidente, los prefiere cortos y tradicionales. Sólo raramente, por ejemplo en las discotecas, se ven algunos que desafían la norma y lucen peinados de tupé alto, tipo años cincuenta, sujetos con amplias dosis de brillantina al estilo *greaser*. Las melenas largas son prácticamente desconocidas entre los hombres y sólo las lucen las mujeres, eso sí, con gran profusión. Pero no siempre fue así en el pasado. Y hay ahí una historia interesante.

La invasión colonial de Asia por las potencias europeas sólo empezó en serio a mediados del XIX. Con la excepción del Raj británico en India, que marcó la pauta para el futuro, los europeos no habían tratado anteriormente de convertir en ocupación administrativa y política su presencia en distintos lugares del Sudeste asiático y en China, y se habían limitado a exigir de los poderes locales la apertura de sus países al comercio y libertad de movimientos para los misioneros cristianos.

El cambio de estrategia pilló a contrapié a las sociedades ahora colonizadas y tuvo efectos devastadores en todas ellas. Los intentos de resistencia fueron pulverizados con brutal eficacia por unos ejércitos invencibles para la atrasada tecnología militar local. Las dos guerras del opio mostraron a las claras que la dinastía manchú que gobernaba en China no era más que un tigre de papel. El saqueo del antiguo Palacio de Verano imperial en Pekín puso un innecesario colofón a esa evidencia.

En Vietnam sucedió algo similar, esta vez con el protagonismo de Francia. A finales del XVIII, tras un largo período de guerras civiles, Nguyễn Ánh consiguió unificar al país con ayuda francesa y establecer la dinastía Nguyễn (1802) que iba a durar hasta que su último representante, Bảo Đại, abdicase en 1945. Por si hacía falta una más elocuente muestra de sus intenciones unificadoras, Nguyễn Ánh adoptó el nombre de emperador Gia Long, combinando elementos de los antiguos nombres de Saigón (Gia Định) y de Hanói (Thăng Long), las principales ciudades del sur y del norte. Pero el país independiente que él creó tuvo corta vida. Tras una serie de desencuentros con sus sucesores, tropas francesas ocuparon Hanói en 1882 y Francia acabó por controlar todo lo que hoy es Vietnam entre 1883 y 1886. En 1887 se creó la Indochina francesa, que agrupaba, además, Camboya y Laos y cuya capital iba a ser Phnom Penh, que sigue siéndolo de la Camboya actual. Hubo seria resistencia a los franceses en Vietnam, pero local y muy dispersa, y acabó por fracasar. A finales del XIX, el dominio francés era indiscutible. Los grandes edificios públicos de Hanói y los que aún quedan en Saigón (el ayuntamiento y algunas elegantes villas del Distrito 3) constituyen un claro indicio de que los franceses habían llegado para quedarse. La resistencia tenía que aprender a ser paciente y a plantearse objetivos a más largo plazo.

Como en otros lugares, en Vietnam, una parte de los descontentos con la colonia volvió sus ojos hacia Japón. La restauración Meiji parecía demostrar que era posible adoptar y

controlar los aspectos técnicos de la modernidad occidental sin renunciar a la propia cultura ni poner en cuestión el dominio de las elites tradicionales. La rápida victoria japonesa en la guerra con Rusia (1904-1905) por el control de Manchuria y de Corea fue vista por muchos asiáticos como la prueba del nueve de su validez. En 1907, un grupo de intelectuales nacionalistas fundó en Hanói la Escuela Libre de Tonkín para superar el tradicionalismo neoconfuciano, en el que veían una de las causas principales del atraso vietnamita y de la derrota a manos de los franceses. La adopción de un lenguaje nacional y propio (*Quốc Ngữ*), escrito en caracteres latinos y no en los antiguos remedos de la escritura china, tal y como lo había traspuesto el jesuita Alexandre de Rhodes en el siglo XVII, era uno de los pilares de la escuela que, en hábil síntesis, permitía dar su merecido a la antigualla de la cultura achinada y, al tiempo, adoptar selectivamente la modernidad.

Phan Chu Trinh, uno de los miembros de la Escuela, lo resumió de forma gráfica y sencilla. La moda que entonces imperaba de que los hombres se dejaran el pelo largo y lo llevaran recogido en un moño, había sido una imposición china. «Hoy, por fortuna, el Cielo nos ha abierto la mente. Nos hemos despertado y la nación entera aspira a modernizarse. Adelante, a cortarse el pelo», decía Trinh en un discurso. Era una propuesta popular y, a las pocas semanas, ya corría por Hanói una anónima Canción del Corte de Pelo. «Con el peine en la izquierda / Y las tijeras en la derecha / Corta, corta / Cuidadito y buena letra / Fuera la estupidez / Fuera las simplezas». Algunos de los tradicionalistas locales se resistían. Nguyễn Đình Chiểu, un poeta neoconfuciano y ciego, saltaba: «Antes quisiera una ceguera eterna / que ver la cara de los traidores». Otros trataban de arrimar el ascua a su sardina. Había que cortarse el pelo, sí, pero como los monjes, y así volver a las enseñanzas de la tradición. Las fotos que quedan de Trinh dejan bien clara su intención. Él no se rapó la cabeza, sino que adoptó un corte de pelo a la francesa.

Trinh fue una figura notable. No compartía las prisas de los nacionalistas como Phan Bội Châu que, ya a comienzos del siglo, estaban dispuestos a pactar con China o con Japón o con el diablo con tal de ver a su país libre de los franceses y cuanto antes. Con la sana lógica que adoptó durante toda su vida, Trinh no veía en el colonialismo el obstáculo principal para la modernización de Vietnam. Mucho más importante era librarse de la monarquía e instaurar una república democrática y tal vez, pensaba, los franceses pudiesen abrir esa puerta, así que él no tenía prisa en verlos salir del país. No es de extrañar que, algo más tarde, Hồ Chí Minh lo describiese como «un conservador, un hombre de letras de mente estrecha». A Hồ también le comían las prisas y, tal vez por eso, se equivocaba en su juicio. Trinh no era un conservador, sino un revolucionario. Más decidido que él.

Hồ y los comunistas vietnamitas, apoyados por otros muchos que no lo eran en el Norte y en el Sur del país, ganaron la batalla de la reunificación y la independencia tras una amarga guerra civil. Pero la economía planificada al estilo soviético que impusieron se reveló un desastre sin paliativos. Los remiendos que se le endilgaron en los años noventa han creado un régimen de capitalismo sucio con muchos de los rasgos del Vietnam tradicional: desigualdad creciente; falta de libertad empresarial y política; decisionismo burocrático, con su pesada carga de corrupción e ineficacia. Bajo los comunistas se han dado progresos indudables, como el descenso vertiginoso de la pobreza extrema, una mejora en las condiciones de vida de las mujeres o la extensión

de la educación. Pero metas semejantes se han alcanzado más rápida y eficazmente bajo regímenes menos autoritarios, como los de Tailandia, Malasia o Singapur y, por lo que se ve, en Vietnam su avance ha sido mucho más consistente desde que, con todas sus limitaciones, se ha ampliado el campo de acción de la iniciativa privada. Como bien advertía aquel mentecato de Phan Chu Trinh, la independencia no se bastaría por sí sola para convertir al país en una sociedad moderna.

Bajo el relumbrón de la propaganda comunista, la familia y la escuela tradicionales siguen manteniendo un rígido control sobre la sociedad de Vietnam y paralizan muchas de las mejores iniciativas. Todo ello va creando un cinismo creciente entre la gente, especialmente en las generaciones más jóvenes, para quienes la guerra estadounidense resulta tan distante y ajena como las proezas antichinas de las Hermanas Trung en el siglo I.

Hace unos meses, un colega norteamericano vino a mi universidad para un seminario. Luego del evento, un grupo de profesoras jóvenes lo invitaron a conocer Saigón *la nuit*. Esto me contaba al día siguiente. «Después de cenar fuimos en grupo a Lush, una de las discotecas de moda. El ambiente era muy similar al de otras muchas en Estados Unidos. La música pasaba del *techno* al *trance* y luego al *gabba*. Eso sí, los juegos de luces le dejaban a uno entretenerse viendo cómo la misma escena podía parecer siempre distinta según hacia dónde apuntasen. Sobre las once de la noche, los danzantes se retiraron de la pista y allí surgió del suelo un pequeño escenario al que se encaramaron unas gogós, también semejantes a las de otras muchas discotecas del mundo. La única diferencia estaba en sus trajes, que tapaban mucho más de lo que suele ser habitual. Mientras ellas giraban y se enardecían, en una gran pantalla detrás del escenario aparecían imágenes de aviones evolucionando por los aires. Pequeños bimotores, Jumbos, reactores Beechjets y Hawkers para uso privado, Airbus A-380 y, en ésas, varios B-52, sí, los mismos B-52 que plancharon Hanói y Haiphong durante la guerra. Sorprendido, me vuelvo a mi colega de la izquierda (una mujer de unos treinta años) y le pregunto si sabe qué aviones eran ésos. “Por supuesto”. Así que, en guasa, le lanzo un comentario irónico. “Qué hubieran dicho Hồ Chí Minh y sus camaradas si estuviesen aquí”. No tardó ni un segundo en responder. “¿Tú crees que a alguien le interesa eso?”, contraataca, y me deja sin resuello durante el resto de la noche. Menos mal que los decibelios no permitían seguir con la conversación».

No tengo ninguna razón para pensar que mi colega estuviese exagerando.